

Despierta, Dulcinea

La vida te necesita

ÁNGELES CALLEJÓN

PRÓLOGO

Admirado y querido, don Miguel de Cervantes Saavedra, estoy usando el nombre de este personaje creado por ti, para titular este escrito mío. Tengo una excusa muy válida para hacerlo: es el mismo nombre que quiso ponerme mi padre cuando nació. Él admiraba tu figura y tus escritos; yo era la última de sus vástagos y quiso darse el gusto de tener el nombre de uno de tus personajes en su propia familia: Dulcinea, la dama del ilustre caballero manchego que «desfacía entuertos por doquiera». Dama, porque era normativo que el caballero andante tuviera una señora en la que pensar, a la que ofrecer sus heroicidades, a la que serle fiel por encima de tentaciones, provocaciones y sufrimientos. Sus ideales caballerescos se ennoblecían con esa figura femenina que, como vemos en tu famoso libro, sin embargo jamás se hizo realidad vivida. Pasó a mejor vida el susodicho héroe y su señora, quedó ahí, en esa nebulosa inventada como excusa para que al famoso protagonista no le faltase ningún detalle.

En mi infancia escuché hablar de ti en las noches de invierno, frías solo en la calle porque en la intimidad cálida del hogar, alrededor de la mesa camilla, al calor del brasero nos sentábamos los miembros de la familia. Era un momento agradable en el que mi madre dirigía el rezo del rosario y me encargaba a mí que llevara las cuentas. Después, mi padre se ocupaba de las lecturas y los comentarios sociales. Entre esas lecturas estabas tú presen-

te, Miguel de Cervantes. A veces tus *Novelas ejemplares*, pero sobre todo tu obra maestra: *Don Quijote de la Mancha*. A mi padre le encantaba recordar las más renombradas hazañas de ese manchego idealista, locuelo, tan embebido en sus lecturas de caballería que todo lo abarcaban en su azarosa vida. Algunos días nos leía algún capítulo en voz alta; en otras ocasiones, me encargaba a mí, la pequeña, esa agradable tarea. Desde ahí comencé a admirarte, Cervantes, hombre cuya vida «movidita» fue tan útil al mundo de la literatura y, desde ahí, a toda la Humanidad porque no creo que haya un país en este globo terráqueo en el que no se te conozca, por lo menos de oídas.

Luego, en la escuela, me contaron algo sobre la importancia de tus personajes, de tus historias y de tu aventurera vida. Más tarde, fui yo misma la que tuve que explicar a mis alumnos, adaptando mis comentarios a sus edades, lo que había aprendido sobre ti, sobre tus universales y ejemplares personajes. Pero lo que más he valorado siempre es esa capacidad tuya de expresar la sabiduría de la sociedad en la que se desarrollaban los acontecimientos con tanta naturalidad, viniendo a cuento, sin hacer grandes discursos filosóficos pero a la vez cargada de valor humano, como el andar de la vida misma, como algo que se da porque es así, sin más explicaciones. Y, al leer, vivimos las aventuras, grandes o pequeñas, como si nosotros mismos estuviéramos allí presentes, próximos en el tiempo y en el espacio.

En sus años aventureros tan genial hidalgo ya cumplió bien su papel, el que le tocaba según las circunstancias noveleras y caballerescas de Alonso Quijano, ese manchego que, desde que fue creado por tu inmortal pluma, ha recorrido con Sancho y Rocinante el planeta Tie-

rra de cabo a rabo. La Dulcinea de este libro no es una dama soñada, sino que es una dama que sueña, es una mujer real, que estudia, trabaja, forma una familia y tiene ideales con los que recorrer el mundo. Le gusta pensar que algún día podrán hacerse realidad sus deseos de que el panorama actual, no solo no nos haga perder la cabeza, sino que nos coloque bien el corazón a toda esta panda de humanos que andamos desorientados las más de las veces.

Otro personaje importante en mi vida en esto de contar historias ha sido mi padre. En las noches de verano salíamos a tomar el fresco a la puerta de casa; después de la cena, nos reuníamos mayores y pequeños esperando que comenzara sus cuentos. No se hacía esperar; a él le gustaban mucho los niños y amaba los cuentos, dos elementos clave en esas noches bajo un cielo limpio, adornado con miles de luces estelares que se percibían claramente sobre nuestras cabezas y sobre nuestros sueños y fantasías infantiles. En las narraciones se trataban todos los temas importantes de la vida y salían al escenario todos los personajes habidos y por haber. Eran en realidad clases de Psicología, Moral, Sociología, Geografía, Historia, de convivencia pacífica e instructiva, impartidas en un entorno agradable y afectuoso con la espontaneidad y la naturalidad del curso de la vida diaria. No teníamos televisión, radio, ni teléfono y se leían pocos periódicos para saber las principales noticias de fuera; las del pueblo ya se comentaban sin necesidad de «medios de comunicación de masas» sin los que ahora no se puede vivir porque ¡hay que estar informados!

Por todo ello no me propongo escribir una gran novela; me conformo con poder contar un cuento en un lenguaje sencillo en el que todos los acontecimientos estén

relacionados y con algunas características típicas de estas narraciones: la protagonista es la más pequeña de su familia y con su fe y trabajo constante llega a alcanzar sus sueños y puede llegar a tener contacto con seres que viven en otras dimensiones. No hay aquí grandes explicaciones científicas pero sí emociones que nos remueven y se nos muestra algo de la magia que los cuentos nos transmiten pues, aunque Dulcinea lo pasó mal en algunos momentos, al final todo acaba bien.

Hemos oído infinidad de veces esa frase de «esta vida es un cuento». Yo añadiría algo más: es un amplísimo e insondable cuento en el que cada uno de nosotros es protagonista temporal de su propio pequeño cuento.

En nuestra mano está vivir un cuento armonioso y profundo, dentro de la lección de esta gran maestra: la Vida.

Con tu permiso, Miguel de Cervantes, gran narrador de historias; con tu permiso, papá, gran «cuentacuentos», como se dice ahora, empieza la historia.

CAPÍTULO I

DULCINEA DE LA TIERRA

En un lugar de España, cuyo nombre recuerdo siempre con cariño, no ha mucho tiempo que vivía un matrimonio, Pedro y María, personas trabajadoras, honestas y dedicadas a sacar adelante con dignidad a su numerosa familia. La última hija nació cuando nadie la esperaba; el padre, amante de la literatura, aprovechó esa ocasión especial para darle a su último vástago el nombre de un personaje de Cervantes: Dulcinea, la dama ideal de don Alonso Quijano o «Quijote».

Vivían en un pueblo agrícola y Pedro, que tenía una pequeña finca, realizaba las labores que requería el campo. Un domingo del mes de mayo, estando en la vega percibió una atmósfera especial: *el limpio cielo azul resplandeciente lo envolvía con una luz atractiva, alegre y serena*, la primavera bullía por doquier, las plantas mostraban su vigor, el tiempo agradable acompañaba. Pedro se recreaba con la paz y el fértil silencio que se percibía en la vega, se complacía con el contacto con la naturaleza, degustaba algunos momentos de breve y no comprometida compañía con la presencia o el saludo ocasional de algún otro hombre que había ido a algún bancal cercano, se alegraba de ver crecer y fructificar las plantas. Se sentó sobre uno de los caballones que él mismo había hecho. En ese momento de calma, se paró a contemplar la tierra, las lagartijas, las plantas, alguna mariposa que revoloteaba a su alrededor; escuchó el canto de los pájaros, el ladri-

do lejano de algún perro; tomó un poco de agua, percibió su cuerpo. Todo lo externo le sabía a poco. Era el mes de las flores, del alborozo y el color que presagia los frutos. Esas mismas energías que propiciaban la renovación de la naturaleza comenzaron a danzar en su interior; en sus células percibía la alegría de sentirse vivo, la energía de la primavera. Su sangre latía como la savia en las plantas. Ante tal apremio existencial, decidió dar por finalizada su labor agrícola. Necesitaba regocijarse en su casa, con su familia, sentir y gozar el movimiento de la vida en los propios frutos de su hogar. Recogió temprano los aperos de labor y andando, andando, como siempre, emprendió el regreso. Allí estaba María con los cinco zagales con el trajín cotidiano. Él, que llegaba cansado pero contento de tener esa familia con la que compartir sus días, después de asearse ayudó con la cena y acostaron a los niños.

¡Qué agradable era compartir! Los acontecimientos cotidianos, las miradas cálidas y afectuosas, una ligera y sincera caricia, el silencio que los unía en esos sencillos movimientos, que por sabidos y reconocidos de antemano no dejaban de comunicar algo íntimo distinto de lo del día anterior, enriquecido por la atmósfera sólida y confiada de los que reconocen que ese es su hogar, su familia, la propia atmósfera que alimentan día a día. Saben que son uno, uno que se manifiesta en dos cuerpos distintos, uno ante todos los avatares de la vida. Y todo eso no hace falta decirlo, se expresa solo; porque no es la lengua la que habla, son dos corazones que laten al unísono y pulsan un ritmo similar, la canción del amor, de la mutua confianza. Ellos también se fueron a la cama, y no solo a descansar; podían compartir su cariño abrazándose, palpitando con la fuerza de la primavera en sus cuerpos. Se amaban. Ella ponía alguna pega, temía nuevos trabajos y desvelos:

—Ya tenemos cinco hijos, y si viene otro... Estoy cansada, Pedrito da mucho trabajo, Virtudes necesita revisiones médicas, los otros piden atención...

Pero la vida verbeneaba en el corazón de ambos, fluía a raudales por sus venas y quería florecer en ese canto primaveral que hace fructificar, no solo la tierra campera, sino también el tierno cuerpo femenino entregado al juego amatorio. La vida se imponía, la fuerza del amor reducía el miedo y, ante un plácido y confiado abandono femenino, la siembra cayó en terreno fértil.

El sueño los llevó por los caminos oníricos del descanso, enriquecido con imágenes, juegos, colores y algunos momentos de sana alegría... No hizo falta mucho tiempo para que María se diera cuenta de que un nuevo retoño se iba formando en su vientre; ya era experta en percibir esas señales en su cuerpo. La verdad es que no sintió alegría ante tal evento; le acobardaba la impotencia ante tantas incertidumbres. Esa era su gran y constante preocupación: mantener a sus hijos sanos, limpios y bien alimentados. La educación era cosa de ambos: el orden, el respeto, las buenas maneras. No tenían que acordar nada entre ellos, pues era algo que se daba por supuesto: los niños debían ser obedientes, colaboradores, limpios, buenas personas, respetar a los mayores, no pelearse entre ellos, buscar siempre el buen entendimiento. Eso, el buen entendimiento, eso era lo que ella necesitaba en ese momento para aceptar este nuevo embarazo que la tenía bastante preocupada.

«¿Qué voy a hacer ahora, Dios mío? Tú sabes que siempre he aceptado y querido a los hijos; pero ahora siento miedo, creo que no voy a poder. Dicen que todo niño nace con un pan debajo del brazo. No sé yo cómo vendrá este; espero que sea así. Con el cansancio que ten-

go, y que no me queda tiempo ni para respirar... Y Pedro siempre trabajando de sol a sol. No sé cómo puede resistir».

Una vez más sus creencias, su fe, acudieron para poder aceptar lo que venía: «Vale, vale, Dios dirá; Él siempre sabe lo que hace, y nosotros, miserables mortales, a cargar con la cruz que a cada uno nos corresponde. Acepto lo que Dios me manda».

Pedro, que sabía de las cábalas de María, se hacía las suyas propias: «Me apena ver la preocupación de María, pero la vida se impone y no podemos sentirnos culpables por gozar un rato de nuestro cuerpo, de nuestro cariño. Tener un nuevo hijo es grato, y con nuestro trabajo y buena voluntad podremos seguir atendiéndolos a todos».

En otro lugar, atraída por la llamada de la naturaleza renaciente y por el amor de esos esposos, Dulcinea decidió venir a este planeta; pero, a la vez, sintió la llamada como un desgaje del hogar: vivía en un estado de unidad y tras unas negociaciones que luego olvidaría, se lanzó al vacío. Era una heroicidad asomarse por aquí y quedarse a pasar una moviditas vacaciones viviendo la dualidad: blanco-negro, frío-calor, luz-oscuridad, aceptación-rechazo, bueno-malo... Además, percibía las quejas de María. Pero ya no se iba a volver atrás, así que, tras los nueve meses preceptivos para adecuar los preparativos, le llegó la hora de asomar la cabeza a este mundillo una fría madrugada del mes de febrero.

En esa época se trabajaba en España la repoblación forestal. Allí, en el pueblo, se decía que los hombres iban a los pinos. De madrugada, todavía a la luz de la luna y de las estrellas, *con su morralillo al hombro, la cantimplora, la bota de vino, el bocadillo y la servilleta, abrigados con su pelliza y alumbrándose con el carburo*, empren-

dían la jornada laboral, un paso tras otro, hasta llegar a los altos espacios donde sembraban y cuidaban los pinos. Hiciera frío o calor, allá que se dirigían un día sí y otro también. Charlaban de los sucesos cotidianos del pueblo y alrededores, comentaba cada uno las novedades grandes o pequeñas vividas en su casa o en la del vecino. Así el camino se hacía más corto y entretenido, y podía sobrellevarse la larga caminata y hacer algo más agradable la dura labor en la montaña. Se sentían útiles para sí, para los suyos, para el pueblo. Marchaban acompañándose los unos a los otros, compartiendo el amanecer, el frío, la escasez de bienes materiales, las fatigas o las alegrías diarias. Se adaptaban a las circunstancias y a lo que se daba en ese momento.

A esa hora a la que unos hombres comenzaban su jornada laboral caminando hacia los montes, al lado, separados por una gruesa pared, se iniciaba otro recorrido: la venida al mundo de una niña. En esos momentos, ellos, que subían, conocían más o menos lo que les esperaba; ella, que bajaba, no sabía nada, lo había olvidado todo; simplemente se dejaba llevar por el impulso de la vida. Se asomaba lentamente, desnuda, sin nada que llevar para el comienzo de su andadura en este planeta, en ese pueblo, en esa familia. No necesitaba morralillo, ni carburo, ni pelliza, ni cantimplora. Nada de nada, solo dejarse empujar por el impulso vital, colaborar de manera natural con esa pequeña carrera hacia la luz. Se dejó estimular por el latido de la fuerza de la vida que la empujaba a pasar el pequeño túnel, la galería uterina, y llegar. Llegar ¿a dónde?... Ya se iría viendo; de momento lo importante era colaborar con la contracción materna, con la fuerza de la naturaleza que empujaba a ambas. La madre logró dar a

luz felizmente. La niña consiguió realizar el pequeño camino con acierto, con la cabeza por delante.

Ahí estaba su abuela materna dándole el pequeño azote de rigor para que ella abriera sus pulmones al aire que la rodeaba. Lloraba pidiendo atención, reclamando calor, acogida, brazos acariciadores ante este mundo en el que nada más entrar percibía algo desangelado y denso. Con lo calentita que había estado en ese vientre redondo. El cambio a esta nueva atmósfera no le pareció fácil; comenzó a percibir el cansancio de su madre... El llanto duró muchas horas. María se preguntaba qué podía ser lo que la molestaba; nada. La tomaba y le cantaba: «ea, ea, ea». Callaba por breves instantes, la dejaba en la cuna, volvía el llanto. María, sin dormir, preocupada y agotada; la niña fatigada y débil, decidió rendirse. Era la novata en estas lides, la que tenía más que perder en tales circunstancias. Así que, visto el éxito obtenido, entendió que no debía perder más energías. El instinto de conservación la llevó a tomar una sensata decisión: callar y dormir.

Desde esa primera noche aprendió que las batallas no se ganan luchando a brazo partido. En ese momento lo más coherente era adaptarse al escenario que la rodeaba. ¿Cómo? De la forma más fácil, la única que sabía y de la que podía hacer uso: callar, dormir, alimentarse, percibir, convertirse en lo que decían ahí que era una «niña buena». Las intelectuales cavilaciones aún no formaban parte de su sistema mental; las células buscaban la manera de actuar de la forma más adecuada para sobrevivir lo más cómodamente posible; solo había que dejarse llevar por esa sabiduría latente... En esto que comenzó a percibir una presencia física fuerte y tierna a su lado que le parecía algo conocida. La confortó. Entre tanta confusión, ese hallazgo tan próximo, le daba una relativa seguridad,

tan próximo que notó cómo la tomaba en sus brazos y la acercaba a su pecho. ¡Ah! conocía ese latido; sí, lo había sentido muy cerca de ese otro pulsar materno; le resultaba familiar y agradeció su leve caricia, su presencia, el tono de su voz, su cálida acogida. Debía ser lo que llaman el padre. Ya comenzaba a situarse, ya; por lo pronto sintió que contaba con dos seres conocidos: madre y padre. Respecto a las otras personas que se movían alrededor, se iría viendo después.

«La niña», como empezaron a llamarla, se encontró con una familia ya estructurada de cinco hermanos. El hermano mayor, Antonio, era responsable y emprendedor. Esperanza, al ser la hija mayor, tenía que ayudar a la crianza de los otros. Virtudes (Tudicas) había sufrido la desagradable visita de la polio que tantos estragos hizo en la época de la posguerra en España. Pedrito siempre estaba malo. Y Benito, un chico bueno, sanote y guapo. Hubo tres hijos anteriores que murieron en la época de la muy tristemente célebre Guerra Civil Española siendo aún bebés. La madre, que vivió sola semejante dolor porque su marido estaba en el frente, decía que había sido por mala atención médica. Con el doctor de la ciudad al que los llevaba, en vez de mejorarse se agravaban. Ella aseguraba que les dieron, siendo tan pequeños, una medicina de caballo. María no quiso que ese señor viera más a los hijos que vinieron después. Afortunadamente al pueblo fue un médico exiliado por el gobierno ganador y muy eficiente. Todos los demás hijos pudieron sobrevivir. Pero María decía que se encontraba muy desgastada. Cuando se presentó Dulcinea sufrió depresión posparto y otros problemas físicos que la mantuvieron un tiempo hospitalizada; se requirió la ayuda eficiente del padre y de la hermana mayor. Pero todos salieron adelante muy bien.

María, muy responsable, se incorporó pronto a «sus labores». La visitaban las vecinas con sus comentarios:

—A María no le sentó bien este embarazo; tener esta niña ha sido un problema para ella y no logra restablecerse del todo. Pobre mujer, con lo que ya lleva sufrido, y ahora otra criatura.

—Menos mal que la niña no da tormento; es buena, no se queja ni llora demasiado. ¡Menos mal!

Los demás hijos lo escuchaban; Dulcinea quizás lo percibiera desde su piel hasta sus adentros.

Nada más nacer ¿ya eres culpable de algo? Una dura tarea le quedaba por delante a la chiquilla. Como desde el principio se sentía algo desplazada del grupo entretejido en el hogar, se las fue arreglando lo mejor que pudo para vivir conforme a sus propios cánones. Le parecía que los mayores iban a lo suyo. No creía que fuese cierto eso que se comenta tantas veces de que «al pequeño todos lo miman»; a ella casi le parecía todo lo contrario. Tuvo que aprender a desenvolverse por sí misma cuando los otros se iban buscando la vida. Por ejemplo, tenía dos años cuando en pleno mes de agosto padeció sarampión. Ella solita se las apañaba: cuando se calentaba la cama, pasaba a la cuna y viceversa; solo llamaba para pedir agua. Aprendió a observar. Como en aquella época no se permitía hablar mucho, y mucho menos si eran absurdas preguntas o comentarios infantiles, también aprendió a callar. Esto lo solía comentar su padre: «Según con quién estés, a veces es mejor ver, oír y callar». Y ella aprendía de su padre; era su apoyo en estas lides temporales. La sabía a borriquititas, le contaba cuentos, le enseñaba a hablar bien. Confiaba en él. En cambio creía que su madre no la valoraba tanto ni le prestaba la atención que ella deseaba. Debía ser por su preocupación constante por las enferme-

dades de Pedro y Tudicas; ella estaba sana y sabía arreglárselas por su cuenta.

En los años 50-60 todavía duraba la escasez de la posguerra; pero ellos tenían resuelto el problema de la vivienda pues tenían una casa muy grande. Se la vendió un tío de Pedro que estaba muy apegado a ella; había sido la sede de su negocio y quería que se quedara en la familia. Para poder pagar los gastos de las enfermedades, todos tenían que arrimar el hombro, todos colaboraban en los trabajos agrícolas. Dulcinea no lo hacía de buen grado y se rebelaba, pues ella prefería aprender, estudiar. Fue a la escuela de parvulitos con doña María, una maestra exiliada a la que solo le dejaban dar clase a los peques porque había que evitar que contaminase las mentes infantiles. Después pasó a la escuela parroquial con doña Mercedes, muy buena maestra.

Durante su infancia vivió una temporada de pequeños accidentes: se le cayó una olla de leche hirviendo en una pierna, se le clavó un pincho de palmera en la otra, tuvo una pulmonía doble, estuvo a punto de que se le cayera encima una viga, se caía continuamente y tenía las rodillas desolladas... Su madre le decía que estaba siempre en las nubes, que se olvidase del vicio de leer y pudiese los pies en la tierra. Ella no se consideraba en las nubes sino que solo se interesaba por todo lo que veía a su alrededor; quería saber ese algo más que no se veía pero que podía sentir. Era como una atmósfera sutil que envolvía este fluir de la vida, inexplicable porque no se la razonaba, aunque todos estaban inmersos en ella. Debía ser eso que decían: «Es la vida, así es la vida». Creía que si eso era tan importante, debía escribirse con mayúscula: Vida, VIDA. Debía ser de personas especiales conseguir eso de no preocuparse, sino dejarse llevar por la vida y

la sabiduría de la naturaleza. Ella quería alcanzar esa especialidad, pero la cuestión no se le planteaba fácil y de momento tenía que conformarse con lo que había. A cambio de esas pequeñas incomodidades de adaptación disfrutaba jugando con las amigas en la calle, en el cerro, en la vega o en casa cuando hacía frío o llovía. Jugaban a las casitas, a las muñecas, al corro, a la comba, a la rayuela, al pillapilla; sus pasatiempos preferidos eran las escuelas cuando ella hacía de maestra, escuchar los cuentos de su padre y observar con él las estrellas.

Antonio, mientras hacía la mili, conoció a un chico que tenía familia en Colombia. Él le habló tanto de aquellas tierras que se entusiasmó; le contaba que allí la naturaleza tenía tanta fuerza que, en momentos de silencio, podías escuchar crecer a las plantas. Nada más acabar el servicio militar se decidió a «cruzar el charco». Quería progresar y no veía fácil conseguirlo en el pueblo. A través de parientes de su amigo pudo encontrar trabajo. Se estableció en Cartagena de Indias. Se casó y tuvo dos hijos. Creó su propia empresa. El trabajo, criar a sus hijos y ayudar a la familia de su mujer hicieron que se fuera alejando de su propia familia de origen.

Dulcinea, aprobado el ingreso en el instituto de la ciudad, no pudo empezar el bachiller debido a la escasez de medios económicos familiares. Ganó el primer premio de catecismo de la provincia, pero eso no le abrió las puertas del colegio para comenzar sus estudios. Quien se las abrió fue su maestra: gracias a ella se presentó a los exámenes de obtención de beca. Primero se la concedieron a un chico, hijo de un cacique del pueblo y a ella no. Enterada doña Mercedes, informó a Pedro de que debía reclamar. Él así lo hizo y, casi como un milagro, se revisó su examen. Así pudo comenzar a realizar su primer gran

sueño: estudiar. El mismo año que Antonio marchó a Colombia, ella ingresó en un internado de religiosas en la ciudad. Era muy buena alumna y las monjas la apreciaban. Solo una de ellas le producía malestar: sor Ester, la profesora de Matemáticas. Después de obtener matrícula de honor los tres primeros años, le quiso suspender en cuarto; menos mal que los demás profesores se lo impidieron. No se equivocaron, en la reválida obtuvo la mejor nota de Matemáticas de ese año.

Eligió el bachiller superior de letras por evitar a sor Ester. Aunque quería ir a la universidad, sus padres, temiendo que pudiesen quitarle la beca y se quedase con la carrera a medias, le aconsejaron que estudiase Magisterio. No querían que emigrase como Antonio pues sería «perder» a otra hija. De nuevo accedió a la beca, hizo Magisterio por el plan llamado Villar Palasí, el ministro que promocionó esta ley de educación. Con ella se facilitaba a los alumnos que habían obtenido las mejores notas acceder directamente al escalafón público. Ese fue su caso. A pesar de las diversas dificultades externas, pudo alcanzar su segundo sueño.

Ejerció su vocación, la enseñanza, con verdadero interés. Asistía a cursos de formación, no solo para facilitar a los alumnos la correcta adquisición de conocimientos, sino también para ayudarlos en el proceso de formación integral como personas en constante evolución.

En uno de esos cursos de formación que hizo durante un mes de agosto, conoció a otro maestro, Alonso, un idealista como ella. Desde el principio se cayeron bien y les fue fácil emparejarse. Como él había estado trabajando como profesor cuatro años en Colombia, cuando se casaron aprovecharon para ir allí de viaje de novios, donde tuvieron un encuentro entrañable con Antonio y con toda

su familia: su mujer Clara y sus dos preciosos hijos, Rosa y Carlos.

Alonso y Dulcinea se establecieron en Madrid, lugar de procedencia de él. Tuvieron dos hijos, Rubén y Marco, que se criaron muy bien. Así se cumplió su segundo sueño.

Una de las aventuras que emprendieron juntos fue irse a trabajar fuera. Estuvieron en la Misión Cultural de España en Marruecos con sus dos hijos cuando eran parvulitos. Después volvieron a su tierra. Ya en España, pasaron el verano en el pueblo; Dulcinea quería estar con su padre el 29 de junio, día de San Pedro y San Pablo. Él cumplía setenta años. Después de toda la vida trabajando, por fin pensaba en la jubilación. Llegaron el 28 por la noche. Todos se alegraron de ver sanos y crecidos a los niños. Esa noche, Dulcinea tuvo un sueño premonitorio: por la mañana se levantaba su padre y le decía a María que se iba a la vega. Estuvo allí todo el día; no fue a comer a casa. Por la tarde, ella se sentó en la puerta como cuando era pequeña a ver a los hombres que venían de la vega. Le preguntaba a cada uno de ellos si habían visto a su padre. Todos contestaban que por la mañana lo habían saludado y que después no lo vieron más. Ella, preocupada, fue al bancal y descubrió que estaba tumbado en el suelo, muerto». Ante ese aviso se despertó preocupada y no quiso volver a dormirse. A las 7:30 h oyó en la cocina la misma conversación del sueño:

—Me voy a la vega ahora que todavía están descansando, así me da tiempo a hacerlo todo pronto; a la hora de comer estamos todos juntos.

Nada más oír eso, Dulcinea se levantó de la cama y le dijo:

–No, papá, nosotros hemos venido para estar todo el día contigo; no te puedes ir ahora y que los niños no te vean al levantarse. Tienen mucha ilusión en darte un regalo cuando se levanten.

–Que no, que no, las plantas necesitan un repaso. Ahora que no hace tanto calor, termino rápido y vengo pronto.

–Bueno, pues ya que te empeñas, Alonso te llevará en el coche. Los niños os acompañarán con los cubos y las palas para que jueguen contigo ayudándote a remover la tierra y os haréis fotos. Será una manera de celebrarlo a tu manera, pero con los nietos. Eso sí, espera media hora para que se puedan preparar.

–Vale, hija; está bien. Me ayudarán con sus cubos y palas; yendo en coche ganaremos tiempo.

Se fueron después de desayunar. Alonso, avisado por Dulcinea, se llevó la máquina de fotos para retratar a los niños con el abuelo.

Dulcinea no creyó necesario contarle el sueño a nadie; lo importante era trabajar en defensa de la vida. Hicieron las compras y la comida preferida de papá. A media mañana, para sorpresa de todos, oyeron que llegaba el coche y les vieron bajarse. Pedro venía torpe y menos animado de lo que se había ido. Dulcinea no se sorprendió. Llamaron al médico. Se presentó pronto en casa: trombosis cerebral. «Medicación adecuada desde ahora mismo; cuidado con la alimentación, ejercicios físicos diarios; ejercitar la memoria, conversar».

–Menos mal que lo hemos cogido a tiempo –decían todos.

Se alegró por su padre y por sus hijos. Si vivía más años, podrían llegar a recordar a un hombre tan especial; quizás, incluso, a escuchar sus entrañables cuentos. Si no,

al menos ella habría hecho lo que había podido y podrían conservar las fotos que Alonso les había hecho esa mañana acompañado de sus dos nietos más pequeños.

Pedro era muy consciente y responsable; trataba de no dar trabajo a los que vivían con él y siempre estuvo sano. Ahora necesitaba pocos cuidados. Lo que más gracia le hacía era comer con un babero, como sus nietos, y paseaba sin alejarse de la casa. Seguía leyendo, pero no tanto como antes. Ella le pidió alguna vez que les contase a sus hijos esos cuentos tan lindos que sabía; él los comenzaba pero se cansaba y los hacía más cortos.

Dulcinea ya había tenido con anterioridad algún aviso de «cambio a otra dimensión». Como una vez que fueron a visitar a una amiga, la mujer de Agustín, compañero de Alonso, a los veinte días de dar a luz; ella le notó un «cierto aire» y le aconsejó que al día siguiente fuera al médico y se ofreció para acompañarla. No les dio tiempo: por la mañana, su amiga partió al otro hogar.

Con uno de los hermanos de Alonso le ocurrió algo parecido: fueron a visitarlo al hospital y ella pensó que le quedaba poquito para marchar. A los dos días le anunciaron que había fallecido.

Dulcinea creía que era mejor respetar los importantes procesos de la vida y de la muerte, la muerte como paso a una vida en la cual la vibración era más sutil. Prefería no decir nada de lo que observaba porque se podía equivocar y suscitar inquietud en el otro; tampoco quería que la tomaran por una bruja o adivina. De hecho, aquello era algo anecdótico y puntual; quizás lo percibiera en las personas allegadas porque estaba acostumbrada a sentir su atmósfera de una manera determinada. Lo que sí hacía siempre era prestar la ayuda que estuviera en su mano.

En España, en el año 1981 se produjo un hecho traumático a nivel nacional: el 23F. Dulcinea escribió en su diario:

«Se siente el miedo: miedo de unos a perder el poder y las ventajas alcanzadas; miedo de otros a perder trazos de libertad. El miedo que se enseñorea y lo embrolla todo, la guerra de los miedos. Se mete tan adentro que nos hace ver fuera lo que hay en nuestro interior: un miedo que desfigura realidades y ve enemigos por doquier. Miedo a crecer, a los cambios; una inseguridad que nos ofusca. El miedo que con tanto acierto expone Erich Fromm en su libro *El miedo a la libertad*. ¡Ah! esa libertad tan añorada y codiciada. Pero llegará, ¡la conquistaremos!»

Se produjo otro acontecimiento familiar: Pedrito se marchó definitivamente al otro hogar. María se quedó muy afectada mientras Pedro sufría en silencio.

La situación político-social se fue recomponiendo poco a poco. La que no se recompuso fue Dulcinea pues algunos de sus propios miedos se le iban haciendo conscientes. Ya anteriormente había tenido cistitis y arenilla en el riñón y a veces le daban taquicardias. El sufrimiento del país, unido a la preocupación por su trabajo, por su familia y por el pueblo, quizás fueron un cúmulo excesivo de emociones. Un día tuvo una crisis fuerte de vomitar y no poder comer nada. Le preocupaba también el tema de las pesadillas; ella siempre había dormido bien, excepto cuando sus hijos siendo bebés la despertaban. Ahora se sentía inquieta. Tuvo alguna pesadilla con sor Ester, que la ahogaba físicamente hasta hacerle perder la vida, y con Virtudes, que formaba parte de un tribunal de la Inquisición y la haría quemar en la hoguera. Reconoció que necesitaba ayuda y charlando con una compañera ella le habló de un tal doctor Herrero.

Se trataba de un señor con una amplia preparación: daba clases en la facultad y usaba ya, en aquellos tiempos, la iridología, la acupuntura, la homeopatía; un señor que decía que no hay enfermedades sino personas que desencadenan una alteración en su salud y que ella estaba manifestando un proceso psicosomático. Trabajaba con él una psicóloga clínica. Un día, tras ser ampliamente examinada por él, pasó al despacho de ella. Con ambos estudios en la mano, el doctor le puso un tratamiento: un plan sano de alimentación, desde el desayuno hasta la cena; unas infusiones a lo largo del día; pasear una hora diaria; unos masajes determinados y asistir a clases de yoga o aprender alguna técnica de relajación. Se trataba de lograr una higienización de hábitos de vida con estabilización psicometabólica.

A ella aquello le pareció adecuado y fácil de llevar a cabo; no tenía que tomar medicamentos fuertes a los que ella era sensible. Se prometió a sí misma cumplirlo a rajatabla. Buscó clases de yoga, pero el horario no le permitía atender debidamente a los niños. Siguió buscando y encontró el Método Silva de control mental. Lo encontró muy útil; realizaba el ejercicio de relajación y visualización tres veces al día: mañana, siesta y noche.

Hacía los deberes para recuperarse, pero a la vez comenzó a interesarse por temas relacionados con la salud. Porque sus problemas no eran solo de ella: eran desajustes que vivían todos los seres humanos en mayor o menor medida. Y ella tenía que dar gracias porque siempre había podido contar con alguna ayuda. Aconsejada por los doctores y por lo bien que le estaba yendo, animó a Alonso a ir a la consulta. Él aceptó. Le pusieron tratamiento, lo recibió la psicóloga. Al poco tiempo, decidió que no necesitaba ir más.

—No necesito que me trate una loquera.

—Nadie dice que estés loco; yo también voy y no me considero loca. Solo que si los problemas físicos necesitan ayuda para resolverse, los emocionales, también. Nada más.

Por más que lo animaba, de nada sirvió su insistencia; él se negó en redondo. A lo que sí accedió fue a continuar con el sano hábito de acompañarla en «la comida, relajada y la cena, paseada». Ella fue descubriendo, paso a paso, que había idealizado a su caballero y bajarlo de la grupa de Rocinante le resultó triste y doloroso.

Ella, que continuó con la terapia, fue destapando detalles, causas y efectos en los comportamientos. Pudo ver que ella misma había caído en los modelos que vivió, que incluso los reafirmaba con su actitud. Una de las cosas que más pesar le dio fue descubrir los motivos inconscientes por los que eligió como padrinos de boda a Pedro y a Tudicas. Las preocupaciones y los gastos constantes en la familia habían girado siempre en torno a sus enfermedades; esto hacía que se les considerase los más importantes. Ella repitió y reforzó ese patrón. Lo lógico habría sido que sus padres la hubieran llevado al altar. Dulcinea, con dolor, se hizo consciente de que actuó también como si los dos fueran las personas más notables de la familia. Pudo comprobar cómo repetimos modelos que inconscientemente hemos interiorizado sin plantearnos ni la más mínima reflexión sobre ellos. Las fotos de la boda se lo recordaban.

Pasados unos meses fue a revisión con el doctor Herrero. Se llevó una gran alegría:

—Eres la mejor paciente que he tenido; estás muy bien.

También la psicóloga la encontró mucho mejor. Le aconsejó que siguiera con el mismo método de alimentación y ejercicio, y que fuera a consulta con ella una vez al mes; así seguirían encauzando su recuperación psicoemocional.

Todo esto le permitió ir profundizando en su propio conocimiento: su cuerpo estaba manifestando todos los problemas emocionales vividos. Pensó que ocurriría igual con el resto de las personas. Se interesó por tanta carga emocional que podía desmejorar el cuerpo, pero también a los grupos humanos. Lo que sí le pareció muy interesante fue descubrir el poder de la palabra: la psicóloga ponía palabras a sus conflictos. Por ejemplo, no es que fuese una «tontica» por preocuparse de los demás, como le decían algunos, no, es que ella empatizaba muy fácilmente, es que a ella le dolía el dolor del mundo; también se alegraba con la alegría del mundo. Eso la dejó más tranquila. Se fue estabilizando y construyéndose su propio espacio.

Pasaron unos años con las preocupaciones típicas de una familia. Antes de finalizar uno de los cursos, a mediados de junio, la llamaron por teléfono: su padre estaba ingresado en el hospital de la ciudad por un infarto. Fue a visitarlo, estaba en la UVI. Volvió a Madrid. Llamaba diariamente a la casa familiar; él seguía ingresado. Un fin de semana fue de nuevo al pueblo; él estaba en casa. Tudicas le dijo:

—Es que no aguantaba más en el hospital y dijo que lo sacaran de allí, que quería morirse en su casa con su María.

Era doloroso vivir la despedida de un buen padre, pero también sabía que se le habían regalado siete años de vida desde que ella había tenido ese sueño premonito-

rio. Además, lo veía con serenidad y ternura: aceptaba la situación, como siempre había hecho a lo largo de su vida: «aceptar lo que se presentaba en cada momento».

Volvió a Madrid con su familia y su trabajo. Una noche soñó con su padre y, como todas las mañanas pero con un triste presentimiento, se fue para el colegio. Allí le avisó el secretario de que la llamaban por teléfono. Recibió la noticia:

–Papá se ha ido.

Se dirigió al pueblo lo más rápidamente que pudo. Cuando llegó vio a una hermana de su padre que estaba en la puerta de casa; se abrazaron.

–Fíjate que esta noche he soñado con él.

–Claro, tu padre te quería mucho y fue a despedirse de ti. Se ha ido con gran serenidad. Además, él ya estaba tranquilo porque, desde que se casó Virtudes, decía que todos sus hijos tenían su vida organizada y su propia familia. Así que estará descansando en paz.

Sí, él se fue en paz, pero Dulcinea, aunque no lloraba ni se quejaba en público, sintió el desgarró físico de que se le había arrancado de un tirón una profunda y fuerte raíz de sus entrañas. Siempre se había sentido muy unida a él; no solo porque valoraba sus enseñanzas y le contaba cuentos, no, es que le consideraba su primer maestro en todos los aspectos: le había servido de apoyo en la familia y de ejemplo ante las circunstancias de la vida, fuesen favorables o adversas.

Por el camino de vuelta a Madrid se complacía en recordar anécdotas que Pedro les contaba, entre ellas que un abuelo suyo procedía de un país centroeuropeo. Era marino. Hubo una gran tormenta, su barco naufragó cerca del pueblo donde vivían y él, muy devoto, hizo una promesa: «Si logro salir con vida de esta situación, me quedo

a vivir aquí y formo una familia». Se salvó y cumplió su promesa. «Ya ves, y aquí estamos nosotros. Recuerdo cuando yo era pequeño y los días de frío nos sentábamos alrededor de la chimenea». Si hacía tormenta, él siempre decía la misma frase: «*Resemos por los pobrecitos navegantes*».

Entre los recuerdos, le vino una entrañable adivinanza típica de su padre: «Sobre pino, lino; sobre lino, flores; y alrededor, amores, ¿qué es?» ¿Qué iba a ser? La mesa camilla alrededor de la cual se sentaba la familia todas las noches para, entre los dimes y diretes infantiles, el rosario y las lecturas, disfrutar de un rato de amorosa convivencia. Era un hombre totalmente entregado a la familia. Ya desde joven lo fue con la familia paterna; lo siguió siendo con ellos, incluso después de formar la suya propia. Cuando acabada la guerra regresó al pueblo, se enteró de que uno de sus hermanos se encontraba en un campo de concentración. Pedro hizo todo lo que estuvo en su mano para obtener su libertad. Fue a ver al cura, después buscó a otro sacerdote, muy buena persona, que había estado antes de la guerra en el pueblo y ocupaba un cargo algo elevado dentro de la archidiócesis. Les recordó a ambos que ese hijo preso era el único varón sano que le quedaba a su madre viuda, «practicante, católica donde las haya». El caso es que dio resultado y al poco tiempo su hermano pudo regresar al hogar familiar. Esos dos hermanos siempre se llevaron bien, se respetaban. El pequeño era más atrevido en sus conversaciones. Cuando decía algo que sonaba imprudente a los ojos de Pedro, este le lanzaba una mirada; con eso bastaba para que el otro amainara un poco el tono o suavizara el vocabulario. Dulcinea lo recordaba muy bien. Luego, un hijo suyo, que

también había presenciado en alguna ocasión estas conversaciones entre hermanos, le comentó a ella:

–Es que tu padre es un filósofo.

«Sí, se nos ha ido el gran filósofo de la familia».

Recordaba anécdotas significativas de ese hombre que había sido tan respetuoso con la vida en todas sus manifestaciones, no solo con los seres humanos, sino también con los animales, las plantas, los recursos de la naturaleza. Recordaba su sensibilidad, su fortaleza, su gran sentido común, su capacidad de trabajo, su prudencia. No derrochaba ni malgastaba: hasta el agua que le sobraba del vaso que se había servido para beber, en vez de tirarla por el desagüe, la echaba sobre la planta que viese que la necesitaba; todo tenía su valor.

Lo que siempre había admirado en él era algo que iba más allá de lo externo. En alguna ocasión le oyó decir: «Yo tendría que haberme ido a un convento de La Trapa; así me habría dedicado solo a cumplir bien mi trabajo y a sentir mi paz interna; estos líos que se arman por nada me disgustan mucho, no tienen ningún sentido».

«¡Gracias, Pedro, por haber sido mi padre! Una gran persona. ¡Gracias por todo lo que me has cuidado, protegido y enseñado! ¡Gracias por tu bondad y por tu amor silencioso y eficaz!»

Le había consolado mucho poder abrazar a su hermano Antonio. Fue él solo y estuvo pocos días, los suficientes para despedir a papá e intercambiar informaciones familiares.

Ahora le tocaba a ella seguir poniendo en práctica lo aprendido: debía seguir respondiendo con entereza a todos los avatares cotidianos. Al día siguiente de regresar a Madrid tuvo que hacer uno de los exámenes en la facul-

tad; lo aprobó con buena nota. Pudo terminar su carrera universitaria. Acababa de realizarse su tercer sueño.

En el colegio efectuó las oportunas gestiones para que se pudiese instalar una biblioteca aprovechando un salón que casi ni se usaba. Encontró ayuda en la Asociación de Padres y lograron acondicionarla muy bien.

Y, con respecto a su vida familiar, recibió una gran noticia: estaba embarazada de una niña.

Un asunto que le interesaba era profundizar más en el Método Silva, ese que tanto la había ayudado a relajarse y a visualizar; creía que le faltaba un fondo de espiritualidad. ¿Dónde tenía sus raíces ese método? Pronto halló respuesta a su pregunta: en la antigua y mística Orden Rosacruz (ORC-AMORC). Resultó que José Silva había sido miembro de AMORC. Ella tomó contacto con la logia de Madrid y asistía a sus conferencias; le gustaron sus enseñanzas y decidió inscribirse. Le pareció percibir la ayuda de su padre en ese descubrimiento; lo notó muy cerca, aunque él se encontraba ya en otra dimensión.

